

Berta la ranita



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: Guillem Escriche.

Berta acaba de cumplir seis años y vive en una ciudad donde, si pones la oreja, aun puedes sentir el silencio. En su barrio, las calles son anchas y ordenadas, y a ambos lados de la calle se alzan árboles altos y con frondosas copas. Cerca de su casa hay un parque con estructuras altísimas hechas de madera, donde se sube las tardes de verano y contempla las bandadas de estorninos bailando por el cielo. Berta es una niña afortunada porque cada día va a la escuela; porque tiene un montón de amigos con los que compartir la vida; porque tiene abuelos, tíos y primos con quien disfrutar tanto de las fiestas más sonadas como de las tardes lluviosas y leentadas de invierno. Y a pesar de no tener ni padre ni hermanos, Berta tiene una madre que vale por mil.

Berta tiene un buen puñado lleno de motivos por los que ser feliz y hasta hace poco nada le había hecho perder la sonrisa. Porque nunca nada la había angustiado.

A finales del mes de febrero, mientras cenaban, su madre le dijo que tenía que irse unos días debido a un viaje de trabajo. Tenía que irse a otro país, pero sería por muy poquito tiempo. "Me iré el martes y volveré el domingo", le explicó. "¡Ya verás que ni te darás cuenta que he me he ido!". Su madre sonrió y le hizo una caricia en la mejilla de Berta, que se había quedado con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca de asombro como se quedó por aquella noticia. "¿Y me quedaré en casa sola?", le preguntó la niña, que empezaba a sentir un nudo en la garganta que no la dejaba seguir comiendo. "¡No, claro que no! ¡Las niñas de seis años no se pueden quedar solas en casa! ¿Acaso sabes hacer tortillas para cenar, tú? ", se rio ella. "Podrás venir a jugar a casa cada tarde, pero a cenar y dormir irás a casa de los abuelos. ¿Qué te parece?".

¡Pues muy mal! quería gritar Berta. Pero no pudo. No sabía qué le pasaba. Aquel nudo en la garganta se convirtió en una piedra pesada que se le instaló en la barriga y la dejaba respirar sólo a medias. Esa noche, a Berta le costó mucho dormirse. Como cada noche, ambas leyeron un capítulo de ese libro de aventuras tan emocionante, pero Berta no entendió nada. Sentía la voz de su madre dibujando palabras, pero no la podía escuchar bien porque dentro de su cabecita rodeaban otros asuntos.

"No quiero que mamá se vaya", se repetía por dentro, una y otra vez. Cuando cerró la luz, las ideas no desaparecieron, al contrario. Se le aparecían en su cabeza y le daban vueltas como la ropa en la lavadora, primero despacio, después a una velocidad de vértigo, que incluso la mareaba. "¿Y si no vuelve?", se preguntaba. "¿Y si allí donde va se lo pasa tan bien que decide quedarse? ¿Y si no encuentra el camino de vuelta a casa? ¿Y si el avión cae al mar? Mamá no es muy buena nadando... ¿Y si ...? ".



Cada noche, a partir de aquella, fueron iguales. Los pensamientos sobre el viaje de su madre la angustiaban, y cuanto más lo pensaba, más miedo tenía. "No quiero que mamá se vaya". A oscuras, Berta sentía aquél pedrusco pesada que iba desde la barriga hasta el cuello y volvía a bajar a la barriga. Nadie sabía qué sentía porque ni siquiera ella entendía muy bien qué le pasaba. Berta no tenía palabras para explicar esa mezcla de miedo, tristeza y angustia, pero no podía deshacerse de la sensación. Incluso cuando no pensaba, continuaba encogida, y no tardó mucho en cambiar de humor.

Martes. Desde lo alto del tobogán del parque, Berta miraba el cielo. Buscaba el avión donde había subido su madre. Hacía tan poco rato que le había dicho adiós... ¡y ya la echaba de menos! Berta lloró un poco. Después bajó y fue a casa con el abuelo Juan, que le explicó que ese día para cenar harían sopa de pistones con garbanzos, el plato favorito de la pequeña. Berta sonrió, pero enseguida volvió a pensar en su madre "¿Comerán sopa de pistones con garbanzos, allí donde ha ido? Quiero que vuelva". Y volvió a preocuparse. Y no salió, ni ese día ni el siguiente. Aquel sentimiento le había robado el corazón, la cabeza y el estómago, y sin quererlo, le impedía disfrutar de nada. De pensar en nada más. "Quiero que vuelva".

La siguiente noche, el abuelo se sentó a su lado para leerle el capítulo del libro, como cada noche. Pero Berta lo escuchaba sólo a medias. Él, que se dio cuenta porque tenía 80 años y ya había visto un montón de cosas en la vida, se detuvo un momento y cerró el libro.

- "¿Sabes qué, Berta? Esta noche, en lugar de lectura, jugaremos a un juego". La niña lo miró sin entenderlo. "Mamá siempre dice que antes de ir a dormir no puedo jugar porque luego no hay manera de coger el sueño!".

Pero ese juego era un juego tranquilo, muy tranquilo. "De hecho, es un juego que te ayudará a dormir mejor". El abuelo Juan sonrió y Berta, por un momento, lo imitó. Sin que hubiera sido necesario decirle nada, el abuelo había adivinado lo que le pasaba por dentro y eso la consolaba un poco. "Este es ... el juego de la rana".

Berta, divertida, empezó a reír disimuladamente. ¿Qué quería decir, el abuelo? ¿Que se pondrían a dar saltos por la habitación? "¡No! ¡Nada de botes! Las ranas saltan muy alto, es cierto, pero ¿sabes qué es lo que mejor saben hacer?"

Mirar, observar, escuchar... y respirar inflando y desinflando aquella barrigota que tienen. Las ranas saben estar atentas y tranquilas, y cuando ya lo han visto todo... ¡hacen un salto y se van hacia otro lado!".

El abuelo le propuso a Berta que cerrara los ojos y respirara con la barriga. Berta lo hacía, notando que era como un globo que ahora estaba lleno de aire, y luego se iba vaciando... Se imaginaba a sí misma como una ranita estirada en la cama, con el pijama de estrellas y un abuelo sapo dándole la manija y respirando al compás. No pensaba en nada más. Ni en ayer ni en mañana. Y sin saber cómo... la piedra que hacía tantos días que tenía en la barriga comenzó a pesar menos... Hasta que se hizo tan ligera que dejó de sentirla. ¡Magia! Aquella noche, Berta se durmió sin darse cuenta. Y de un salto, llegó el ansiado sábado.

Berta estaba contenta. Porque era fin de semana y podía mirar un poquito la tele pero, sobre todo, porque al día siguiente volvía su madre. "Iremos a un concierto, ¡esta tarde, Berta!", Le dijo el abuelo. Pero la niña no pensaba en otra cosa que no fuera la vuelta de su madre. Otra vez volvía a dar vueltas y vueltas sobre la misma idea: mañana, mañana, mañana. Estaba ansiosa y un poco asustada. Un poco porque en el auditorio, donde fueron a oír la música, tenía que estar quieta y atenta "como una rana!", le dijo el abuelo.

- "Tu madre llega mañana y tu estás muy emocionada. Y eso está bien. Pero ahora estamos aquí, listos para ver un concierto, ¿verdad? ", le dijo el abuelo.

Berta recordó el juego de la noche anterior y sonrió. Y, por un segundo, volvió a imaginarse a sí misma como una ranita sentada en una de las butacas del auditorio, con los ojos bien abiertos. "¿Habrá una tuba? ¿Y un sausofón?", preguntó ella interesada. "Claro. Y un fagot ... ¡y quizás una trompeta también!", respondió su abuelo emocionado.

Las luces de la sala se apagaron. La gente aplaudió. En el escenario fueron saliendo, uno a uno, los músicos. Y en el momento en que sonó la primera nota, Berta se entregó totalmente a la música. Dentro de su cabeza no había nada más y disfrutó del concierto como si no hubiera nada más en el mundo.



Al día siguiente, domingo, a las dos de la tarde, la madre de Berta salía por la puerta del aeropuerto. De un salto, ella se le tiró al cuello. El abuelo Juan se las miraba desde cerca, contento de ver a su nieta tan feliz de nuevo. "¡Venga, va, daos prisa, que la abuela ya habrá echo el arroz!", les dijo. De camino a casa, su madre le explicó que su viaje había sido muy bonito. "¿Y tú, te lo has pasado bien?", le preguntó enseguida "Sí...", dijo Berta, de entrada, no muy convencida. "Te he echado de menos un poco... pero luego el abuelo me enseñó ¡a hacer la rana! ¡Y fuimos a un concierto muy guay! Había un sausofón y una tuba y... ". Muy emocionada, Berta le contó a su madre cómo había sido el concierto con todo detalle, nota a nota, canción a canción, contenta como si lo estuviera volviendo a revivir. Fue un domingo hermoso y radiante, comieron un arroz delicioso y luego, por la noche, terminaron el libro de aventuras.

A partir de ese día, cada vez que su madre tenía que irse de viaje o que algo se torcía en los planes de la pequeña Berta, ella recordaba lo que el abuelo le había enseñado aquella noche: a no pensar en lo que pasó ayer o pasará mañana, a ocuparse sólo de lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante. Y cada vez que lo necesitaba, Berta se convertía en rana, con los ojos abiertos al mundo y la barriga como un globo que se llenaba y se vaciaba a paso tranquilo. E ir tirando... por qué las cosas buenas hay que disfrutarlas y las no tan buenas, tan solo dejarlas pasar.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital